

otra parte á dar cumplimiento á sus designios. Este conflicto fué tan crudo para Alfonso, que revelada en él la pasión del amor hácia un padre que tanto lo amaba, fué atacado de fuertes convulsiones y de un grandísimo tremor por todo el cuerpo; de manera, que despues confesaba él mismo que esta era la tentacion mas fuerte que habia sufrido en toda su vida, en la que Dios con su divina gracia lo mantuvo constante y firme, porque *solo Dios podia fortalecerlo en aquel duro combate.* Despues de tan señalada victoria, para evitar todo evento contrario, sin despedirse mas que de los amigos favorables al negocio, y particularmente del cardenal arzobispo, cuya pastoral bendicion recibía, habiendo ya renunciado riquezas, comodidades y honores, abandonó patria, amigos, parientes y hasta á su mismo padre, y á principios de Noviembre de 1732, montado en un jumentillo, tomó, con algunos compañeros el camino de Scala.

## CAPITULO VII.

Fundacion y propagacion de la Congregacion del Santísimo Redentor, establecida por San Alfonso entre las espinas de las tribulaciones.

Llegado Alfonso á Scala donde ya lo esperaba Monseñor Santoro, fué á la ciudad á habitar con sus compañeros en una pobre casucha que tenia un jardincito y una pequeña gruta. Despues, y con la correspondiente licencia, fué convertida en oratorio una de sus estancias, donde la mañana del 9 de Noviembre del mismo año de 1732, habiendo entrado en su trigésimo sétimo año de edad, y despues de haberse cantado la misa votiva del Espíritu Santo y el himno Ambrosiano en accion de gracias al Señor, por las recibidas en aquel negocio, echó los primeros fundamentos de la nueva congregacion, llamada del Santísimo Salvador, y cuyo objeto debia ser prestar todos los auxilios espirituales, particularmente á las almas dispersas y abandonadas por los campos ó residentes en las aldeas y pequeñas poblaciones. Sus primeros compañeros fueron doce, diez sacerdotes y dos abogados seculares, y ademas un hermano lego sirviente llamado Vito Curzio, rico gentilhombre de Acquaviva de Bari, el que por una vision celestial que tuvo en Nápoles,

lo renunció todo y eligió este empleo entre los padres de la nueva congregación.

Se puede decir muy bien que la vida que llevaban estos padres en aquella su primera casa de la ciudad de Scala, se parecía á la de aquellos penitentes anacoretas de que tambien hace mención San Juan Clímaco en su Escala mística. Además de que tenían una estrechísima habitación y de que carecían de las comodidades mas comunes y necesarias para la vida, no tenían por cama mas que un miserable saco de paja tirado en el suelo, donde por la noche descansaban unas cuantas horas, ni por alimento las mas veces que un solo potaje capaz de las náuseas por lo insípido y mal condimentado, y una ú otra fruta. Después, el pan, sobre ser de mala calidad y negro, no tenía levadura, por ignorancia y falta de experiencia del hermano lego, que no estaba acostumbrado al oficio, y con esto era tan duro, que para poder comerlo de algun modo, era preciso desquebrajarlo en un mortero, y era tal la devoción de los habitantes de Scala, que para conseguir un pedazo de él, hacian las mas esquisitas diligencias. A una comida tan despreciable y tan escasa, propia mas bien para escitar el hambre que para satisfacerla, se añadía que unos la tomaban de rodillas con el plato en las manos, y otros tendidos á la larga en el suelo, sin dejar de

amargarla de intento, mezclándole alguna cosa con ese fin. Había muchos que antes de tomar una tan pobre y tan mortificante refeccion, arrastraban la lengua por toda la estancia, y otros hacian con ella multitud de cruces en el suelo.

No satisfechos todavía con esto, para macerar mas y mas su cuerpo, se disciplinaban todos, lo menos tres veces á la semana, pues que gustaban de llevar en sí mismos la mortificación de Jesucristo, y mucho mas de establecer con ella el nuevo instituto. El espíritu de oración seguía con paso igual al de la mortificación y penitencia: no solo rezaban las horas canónicas en comun con suma pausa y recogimiento interior, sino que tambien se reunian tres veces al dia, por la mañana, despues de vísperas, y por la noche para tener todos media hora de oración, y despues cada uno empleaba otra media hora leyendo vidas de algunos santos. Estaba destinado un cuarto de hora para la visita de Jesus sacramentado y de María Santísima, pero se veian permanecer uno mas de noche que de dia postrados ante el Santísimo Sacramento, que con las licencias oportunas conservaban en su oratorio. La misa de cada uno de ellos, ciertamente que no era muy breve; ni tan poco era corto el tiempo que empleaban en dar gracias despues de ella, porque era muy alto el concepto que tenían de tan au-

gusto sacrificio. Por último, allí no habia ni descanso, ni alivio; y una sola hora que se tenia despues de la mesa, se pasaba toda en conversaciones espirituales, ó refiriendo las acciones de los santos: de manera, que en aquella primera casa, ó mas bien en aquel primer retiro, todo respiraba pobreza, mortificación, recogimiento y oracion.

Si tal era la conducta de los demas, considérese cuál seria la de Alfonso. Nunca tomaba el poco alimento que apenas bastaba para conservarlo vivo, sino de rodillas y con una piedra pesada suspendida al cuello y siempre lo rociaba con ajeno, ó con zábila, ó con cualesquiera otras sustancias amarguísimas. Andaba cargado y ceñidas todas las partes de su cuerpo con cilicios y cadenillas de fierro llenas de puntas agudas, de manera que su ropa blanca y sus camisas estaban siempre llenas de sangre y podredumbre. Acostumbraba hacer disciplina de sangre diariamente y aun varias veces al dia con disciplinas armadas de estrellitas de fierro, que daba horror solo verlas; y cuando concluia daba una pasada de lechada á las paredes para limpiarles la mucha sangre con que quedaban manchadas, á fin de ocultar tan horrible tormento, y con bastante frecuencia solia hacerla en la enuevecilla contigua, donde era tradicion que se le habia aparecido muchas veces la Santísima Virgen.

Si Alfonso sobrepujaba tanto á todos sus compañeros en la maceracion del cuerpo, no los aventajaba menos en el recogimiento, en el silencio y en el espíritu de oracion, porque el tiempo que le quedaba libre despues de los ejercicios comunes, lo empleaba ó en permanecer ante Jesus sacramentado, ó en la contemplacion de las cosas celestiales; así es que teniendo la mente siempre vuelta y fija en Dios, podia decirse muy bien que vivia en oracion continua.

Por otra parte, este empeño en santificarse á sí mismo, no disminuia en él el de la santificacion ajena; particularmente la de la pobre y rústica gente, abandonada y dispersa por los campos y pueblecillos, que era el fin con que se habia instituido aquella su congregacion. No solo permaneciendo en la ciudad de Scala era el mas asíduo de todos en instruir y acoger á todos los que iban á deponer el grave peso de sus pecados con una dolorosa confesion, sino que de cuando en cuando salia con sus compañeros por aquellos lugares circunvecinos, donde con el ejemplo, con la voz y con sus apostólicas fatigas recogia tan copioso fruto, mediante la conversion de los mas obstinados pecadores, que muy pronto se vieron cambiar de aspecto los citados lugares. Entre tanto, Monseñor Santoro no cesaba de bendecir y dar gracias al Señor, y al mismo tiempo de encomiar á Alfonso,

como el principal instrumento de que Dios se servia para el bien espiritual de tantas almas.

Pero mientras que Alfonso llevaba con sus compañeros una vida tan ejemplar, y mientras que la mayor emulacion reinaba entre ellos para ganar almas para Cristo, y cuando parecia que no tenian mas que un corazon y una sola alma á imitacion de los primeros cristianos; no pudiendo el enemigo comun sufrir jamas un tan gran bien, se puso en movimiento y fué á sembrar entre ellos la zizaña. La fama y la estimacion á que habia llegado Alfonso, y lo mucho que aprovechaban las almas con el nuevo instituto, habia atraido á muchos que se le incorporaron; y viendo él que el número de sus colegas se habia aumentado considerablemente, resolvió formar algunas reglas para dar un cierto orden y estabilidad á la nueva congregacion: mas al quererlo poner en planta, cuando creyó que todos se manifestarian unánimes, vió aparecer entre ellos una especie de discordia y contrariedad de opiniones. Unos querian que ademas de dedicarse los individuos de la congregacion á las misiones, debian abrirse escuelas públicas para enseñar á los niños los primeros elementos de las letras: otros se oponian á una pobreza tan estricta como se habia observado hasta entonces, y habia otros que dando en el extremo opuesto, querian que cada uno vendiese

los bienes que le correspondian de su familia y que depositase todo el importe en manos del superior, como hacian los primeros fieles. Muy sensible en estrecho fué para Alfonso esta disension y variedad de pareceres, y aunque previó cuál seria su éxito, sin embargo, no juzgó oportuno condescender y variar de opinion; por lo que les mostró muy bien cuánto importaba observar una verdadera pobreza y una perfecta comunidad de vida; y que respecto á ocuparse de escuelas públicas, esto no serviria más que para distraer su atencion de las misiones, que no solo eran el principal, sino el único objeto de la nueva congregacion: tanto mas, quanto que no faltaban muchísimos otros que habian tomado á su cargo educar á los niños y amaestrarlos en las letras y en las ciencias. Pero todas estas y otras razones alegadas por Alfonso, no fueron bastantes para remover los ánimos y conciliar las opiniones; por lo cual muy pronto se vió abandonado de todos, á escepcion de D. César Sportelli, todavía secular, y del hermano lego Vito Curzio, que quisieron permanecer con él: estos sujetos eran personas de tan gran probidad y virtud, que á su muerte eran tenidos por santos, cuya opinion parece confirmada respecto del primero, por la circunstancia de conservarse su cuerpo intacto hasta hoy, sin embargo de las leyes ordinarias de la natu-

raleza, y de las injurias del tiempo que todo lo devora y lo destruye: en cuanto al otro, el mismo Alfonso escribió un compendio de su vida que se lee al fin de las Meditaciones del padre Genaro Sarnelli.

A un golpe tan grande, y ciertamente tan sensible para Alfonso, como fué ver desvanecer repentinamente todos sus designios y destruida la obra que le habia costado tan grandes penas y trabajos, se agregó otro no menos duro y aflictivo. Llegada á Nápoles la noticia de que todos sus compañeros se le habian separado, y que con esto habia quedado disuelta su congregacion, los que le habian sido contrarios y aun otros creyeron que podrian con mas razon desaprobando la empresa: comenzaron á hablar contra él, á tratarlo de presuntuoso é inepto y á presentarlo como el ludibrio y la fábula del pueblo. El mismo cardinal arzobispo no dejó de sufrir estas murmuraciones y vituperios como quien lo habia favorecido y protegido. Este, por otra parte, no solo no dió oidos á estas malignas inculpaciones, sino que antes por el contrario, llamó á Alfonso y lo animó á proseguir valerosamente la obra comenzada, porque Dios no dejaria de ayudarlo y proveerlo de buenos compañeros: pero no habia necesidad de esto, porque Alfonso, bendiciendo la mano del Señor, que así lo trataba, y humillándose y conformándose en todo con la voluntad

divina, ya habia hecho voto de proseguir, aun cuando fuese solo, la obra de las misiones por los pueblos y las cabañas á beneficio de las almas abandonadas. Al mismo tiempo no dejaba de hacer al Señor las mas humildes y fervorosas oraciones, á fin de que por sola su gloria y por el bien de las almas, se dignase darle los auxilios que fuesen necesarios para el remedio de aquella necesidad.

No pasó mucho tiempo sin que Dios escuchase los votos de Alfonso, lo consoló é hizo ver con mas claridad que la obra comenzada no se habia emprendido por capricho ni por algun fin humano, sino por voluntad y por disposición divina. El sacerdote D. Juan Mazzini, que habia sido su compañero en las misiones, y aun su confidente como se ha indicado ya, habiendo, por último, despues de muchas súplicas y lágrimas obtenido de su director y de sus padres la licencia de ir á unirse con Alfonso, fué presuroso, y lo halló justamente en la ciudad de Scala con las únicas dos personas mencionadas. Si bien fué éste el primero, no fué el único que Alfonso vió venir á sí despues del abandono de todos sus primeros colegas; porque Dios suscitó muy pronto otros muchos sacerdotes fieles que cbrasen segun su corazon y su alma, y que compadeciendo el infeliz estado de esa multitud de habitantes de los campos, privados de los so-

corros espirituales necesarios, fuesen á reunirse uno á uno con Alfonso para dedicarse juntos á la salvacion de las almas. Despues, habiéndose aumentado mucho el número de ellos, y aumentándose todos los dias mas y mas, á instancias de estos nuevos compañeros, fundó otra casa de misiones en la quinta llamada de los Esclavos, situada en la diócesis de Caiazzo, y el año de 1736 erigió otra en la diócesis de Salerno, con el título de la Santísima Trinidad.

Reducidas las cosas á tan buen estado, le pareció oportuno á Alfonso y aun necesario dar una cierta forma al nuevo instituto, y establecer las reglas que debian observarse y los votos que habian de hacerse por cada uno de sus individuos: mas antes de ejecutarlo, quiso usar de toda la prudencia de los santos, y á este fin despues de haber pedido á Dios las luces necesarias con largas y fervorosas oraciones, con rigurosos ayunos y ásperas penitencias, recurrió al consejo de muchas personas graves, doctas, prudentes y muy versadas en las materias espirituales, como eran entre ellas estas cuatro, ya citadas muchas veces: Monseñor Falcoia, el canónigo D. Julio Torni, el padre D. Tomás Pagano, su director y el padre Ludovico Fiorilli, dominico. Luego, con esta asistencia y con los auxilios y luces divinas, compuso las reglas y las constituciones de su instituto con el título de

Congregacion del Santísimo Salvador, adaptadas en todo al objeto que se habia propuesto y llenas de celestial prudencia. Despues de esto hizo un tierno y fervoroso discurso á todos sus compañeros, esponiéndoles, que habiéndose propuesto imitar á Jesucristo, que se ofreció en perfecto holocausto al Eterno Padre por la salud de las almas, era necesario que tambien ellos se sacrificasen á él para salvar las almas redimidas con su sangre, prometiendo la observancia de las reglas establecidas. Se hicieron muchas oraciones y el retiro de los santos ejercicios, y por último, el 21 de Julio de 1742, en la capilla de una pobre casucha que les dió el Sr. Baron D. Angel Sarnelli, unida á su palacio en el citado territorio de Ciorani, despues de cantadas las primeras vísperas de Santa María Magdalena, penitente, y protectora de la nueva congregacion, profesaron todos las citadas reglas, en que ademas de los tres votos simples de pobreza, castidad y obediencia, hay otros dos, el de no aceptar jamas dignidad, oficio ó beneficio fuera de la congregacion, á menos que sean obligados á ello con formal precepto de obediencia por el Sumo Pontífice, ó por el superior general, y el de perseverar en dicha congregacion hasta la muerte, y no pedir la dispensa de él, sino al Sumo Pontífice ó al mismo superior general. Hecho esto, aun faltaba elegir uno de entre ellos que

tuviese un poder supremo y presidiese á toda la congregacion en general; pero en esto no hubo ni disparidad, ni duda, porque todos, escepto únicamente el humilde Alfonso, lo eligieron inmediatamente con unánime consentimiento por superior general, y se le dió á perpetuidad el título de rector mayor.

Una vez llegadas las cosas á este estado, todos los que antes habian desaprobado y vituperado la empresa de Alfonso, no solo callaron, sino que viéndola tan bendita y próspera por la mano de Dios, variaron de parecer y se convirtieron en sus defensores y protectores. Los mismos individuos de la congregacion de las misiones apostólicas que le habian sido tan contrarios, comenzaron á honrarse y á gloriarse de tener un hermano fundador de un nuevo instituto; y los superiores de ella lo invitaron frecuentemente para que fuese á Nápoles á dar los ejercicios espirituales, y para otras cosas de mayor importancia: hasta su padre que tanto habia trabajado para disuadirlo de la vocacion al estado eclesiástico, y despues para impedir que saliese de Nápoles, al ver que la nueva congregacion adquiria cada vez mayor consistencia y vigor, no solo se gozaba de ello, sino que quiso ir á visitar á Alfonso á la casa de Ciorani, donde estaba entonces; y altamente conmovido de la santa conducta de su hijo y demas compañeros, pidió con repetidas

instancias y con muchas lágrimas, que lo admitiesen en calidad de lego; pero no lo pudo conseguir, porque Alfonso jamas quiso permitirlo.

Divulgándose siempre mas y mas por todo el reino de Nápoles y hasta por los Estados confinantes, la fama de la rara virtud y santidad de Alfonso, y de todo lo que él y sus compañeros hacian por la gloria de Dios y por la salud de las almas, muchos obispos y muchas ciudades y paises, deseando tener parte en un bien tan grande, solicitaron tener alguna casa de dicha congregacion. Por esto, el 13 de Octubre de 1742, fundó la casa de San Miguel Arcángel, de los Paganos; despues el año de 1745, á instancias del venerable siervo de Dios Monseñor Lucci, del ínclito orden de los Menores Conventuales, obispo de Bovino, y con quien por conformidad de espíritu se hallaba en estrecha amistad, fundó otra en Iliceto, que está en la diócesis de Bovino, con el título de Santa María de la Consolacion, y el año de 1747 la de Santa María Madre de Dios, en Caposela, en la diócesis de Conza.

Al ver Alfonso establecida y dilatada su congregacion en tan corto tiempo, no contento con la aprobacion de los obispos en cuyas diócesis habia fundado sus casas, á fin de consolidarla aun mas, procuró obtener la del Supremo Pastor y cabeza visible de toda

la Iglesia católica. Con este objeto mandó á Roma al padre D. Andrés Villani, hombre de experimentada virtud y prudencia, para que presentase sus reglas y constituciones al Sumo Pontífice reinante Benedicto XIV: éste hizo hacer antes un maduro exámen por su sagrada congregacion de obispos y regulares, y habiéndolo hecho despues por sí mismo, hizo los mayores encomios del celo y santidad del fundador, y aprobó el instituto y las reglas, reconociendo en ellas el espíritu del Señor, como se ve en sus letras pontificias en forma de Breve, con fecha 25 de Febrero de 1749. Ademas de esto, el mismo Sumo Pontífice confirmó á Alfonso por rector mayor perpetuo de la mencionada congregacion, y concedió tanto á él como á todos sus alumnos muchas gracias y privilegios: solo quiso que se le cambiase el título, para distinguirla de la de los canónigos regulares del Santísimo Salvador, y que por esto se denominase en lo sucesivo: Congregacion del Santísimo Redentor.

Alfonso residia en la casa de Ciorani cuando recibió la noticia de la aprobacion por la Sede apostólica, tanto del instituto como de sus reglas, por carta que le dirigió el mismo padre Villani, y al recibirla se trasportó en santa alegría por el mayor bien que de ello resultaba á las almas, dió gracias al Señor, y quiso que todos los demas hiciesen lo mismo. Muer-

to que fué el citado Sumo Pontífice Benedicto XIV, mandó que entre la octava de la conmemoracion de los difuntos se le celebrase un funeral, en señal de gratitud, en todas las casas de la congregacion, como á su especial protector, y cuya disposicion se halla en práctica hasta hoy. Despues en algunos años, estendió las casas de su congregacion hasta el Estado Pontificio, pues que el año de 1756 fundó una en S. Angel en Cupolo en la diócesis de Benevento, despues otra en la misma diócesis, y otras dos en la de Veroli, esto es, una en un lugar llamado los Scifellos cerca de la misma ciudad, y la otra en Frosinone; y como el año de 1760 habia de mandar algunos de sus compañeros á hacer las misiones á Sicilia, estableció otra en la ciudad de Girgento.

Pero no se crea que él emprendiese la fundacion de tantas casas, algunas de las cuales debian ser no muy pequeñas para poder recibir á todos los que querian retirarse en ellas para hacer los ejercicios espirituales, y particularmente los que debian ser promovidos á los sagrados órdenes, contando primero con alguna asignacion anticipada, ó renta, ú otro cualquier auxilio humano, no: enteramente desprovisto como se hallaba de bienes de fortuna, y careciendo de toda clase de recursos, la comenzaba, fiado únicamente en la bondad y providencia de aquel Dios, de



quien no dudaba recibir los socorros necesarios para las obras de su gloria y provecho de las almas. Y de facto, así sucedió siempre: basta decir, que queriendo ampliar la casa de Ciorani para mayor comodidad de los ejercitantes que se preparaban á los órdenes sagrados, no tenia mas que un sequin que le habia dado una persona de la corte del Baron de este lugar, y sin embargo dispuso que el padre D. Saverio Rossi emprendiese la obra, diciéndole que no desconfiase en lo mas mínimo del socorro divino, como efectivamente se verificó, pues se vió completamente concluida cuando todos esperaban lo contrario. Con esto solia decir á menudo que Dios hacia un milagro continuo con él y con sus compañeros, proveyéndolos dia á dia de lo puramente necesario á la vida, lo que algunas veces parecia que les iba á faltar: tal era la pobreza y estrechez en que se hallaba.

Si de la manera que se ha dicho superó Alfonso todos los obstáculos de la miseria y de la falta de dinero para el establecimiento y propagacion de su instituto, no menos supo vencer aquellos mucho mayores que dimanaban de las contradicciones y oposiciones de los hombres. No habiendo podido el demonio lograr su primer intento que era impedir enteramente la fundacion de una congregacion que iba á declararle guerra abierta y continua, y á reconquistar las

muchas almas que por falta de auxilios espirituales eran su presa, no se dió por vencido, sino que al contrario, reunió todos sus esfuerzos para contener siquiera sus ulteriores progresos. Al efecto, suscitó algunas malévolas y mal entendidas personas, que con litigios, falsos informes, calumnias y otros medios injustos se esmeraron en cooperar á su criminal desig-  
 nio: entre ellas hubo algunas de Hiceto, que despues de haber ejercitado hasta aquel tiempo con injustas contestaciones la heroica virtud y paciencia del mencionado venerable siervo de Dios Monseñor Lucci, su obispo, se volvieron contra el nuevo instituto de Alfonso para procurar, si fuese posible, su destruccion. No se conmovió ni lo mas mínimo en tan grave tempestad, sino que poniendo toda su confianza en Dios, protector de la inocencia, imploró su ayuda con sacrificios, con oraciones y con otras prácticas devotas. Despues escribió una carta circular á todas las casas de su congregacion, recomendando con mucho calor, que cada uno de sus individuos procurase unirse mas y mas con Dios, mediante la observancia regular, y prescribiendo que á las prácticas ordinarias de mortificacion, se añadiese el ayuno el sábado en honor de María Santísima, bajo cuyo patrocinio habia puesto la congregacion, que los lunes se hiciese una disciplina particular, y que todos los dias se recitase en

comun el Salmo XC. *Qui habitat.* Al mismo tiempo les recomendó que imitasen el ejemplo del Divino Redentor, que clavado en la cruz no pidió venganza para sus enemigos y perseguidores, sino que rogó á su Eterno Padre que perdonase á los mismos que lo habian crucificado. A los mas pusilánimes, que á los golpes de una tempestad semejante temian algun naufragio, les dijo terminantemente, que si hubiesen echado el ancla de su esperanza en Dios, en vez de ruina habrian previsto mayor aumento y gloria del instituto.

Lo que ordenó á los otros con la voz, no dejó de ejecutarlo por sí mismo, porque al defender la causa de su congregacion y el buen nombre de ella, tan necesario á quien se emplea en procurar el bien espiritual de los prójimos, jamas hizo mérito alguno de las mentiras, ni de la petulancia y mala índole de sus adversarios, sino que con cristiana y no comun moderacion puso el mayor estudio en no producir mas que las razones propias para demostrar su inocencia. De este modo, reconocida ésta por los jueces, obtuvo una completa y gloriosa victoria, sin embargo de todos los trámites y rodeos usados, y de los recursos puestos en práctica por sus contrarios: usando en tan feliz acontecimiento de la misma igualdad de espíritu y moderacion de ánimo que acostumbraba en los

sinistros, no hizo mas que dar con todos sus compañeros las mas encarecidas gracias al Altísimo; y despues mirando con ojo benigno á sus adversarios como á sus mas caros amigos, no sólo procuró ayudarlos y beneficiarlos, sino que además hizo que fuesen socorridos tambien por otros. Esta conducta tan edificante observada por Alfonso y sus colegas en tan funesto encuentro, escitó la admiracion de todos y les concilió el amor y la estimacion, no solo del pueblo bajo, sino de las personas nobles y de los ministros reales; de manera que los golpes dirigidos á abatir la congregacion, no sirvieron mas que para afirmarla y consolidarla, y para hacer difundir mucho mas el buen olor de Cristo que esparcian Alfonso y todos sus compañeros.

### CAPITULO VIII.

Conducta de San Alfonso para su propia santificación.

Si Alfonso habia procurado siempre andar por el camino de la perfeccion, mucho mas se esmeró en recorrerlo cuando se vió obligado por los votos y las reglas de su instituto. La pobreza que habia sido una de sus virtudes mas favoritas, desde el momento en